

*per omnem superbum et super omnem arrogantem; et humiliabitur.* (Isai. II, 12).

En fin, ¿pensamos nosotros que el orgullo es un monstruo cuyo furor no tiene límites; que tiende á destronar á Dios y á destruirle arrebatándole su gloria, y que atacando directamente á su propia persona, es la execracion del cielo y de la tierra? *Odibilis coram Deo et hominibus superbia.* (Eccli. x, 7).

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cómo puede suceder que se deje uno arrastrar por el orgullo, sabiendo bien que Vos le mirais como á un monstruo de iniquidad, y que no teneis para él sino horror! Dadme, oh mi Dios, alguna parte de vuestras luces á fin de que yo conciba de él el mismo juicio que Vos, y que pueda detestarlo tanto como merece un vicio que los Santos han mirado siempre como el carácter propio de los réprobos. *Evidentissimum reproborum signum est superbia.* (Greg. lib. 34 *Moral.*).

PRIMER EXÁMEN.

De la vanidad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, reprendiendo á los escribas y fariseos de que ellos hacian todas sus acciones para ser vistos

de los hombres y para ser más estimados. *Omnia opera sua faciunt, ut videantur ab hominibus.* El les hace rudos reproches, y recomienda con energía á los pueblos y á sus discípulos que no les imiten si no quieren ver en el otro mundo sus mejores acciones sin recompensa: *Alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum.* (Matth. VI, 1). Admiramos la detestacion que El muestra tener á la vanagloria, y rindámosle gracias por el deseo con que nos excita á evitarla.

SEGUNDO PUNTO.

La vanidad es un deseo desarreglado de recibir honores y alabanzas, y de aparecer con estimacion delante del mundo. Examinemos si nosotros estamos sujetos á este desarreglo.

¿No es por este principio que deseamos los empleos más elevados y más brillantes; que amamos más predicar que hacer el catecismo, servir á los grandes que á los pobres, y trabajar en las ciudades más que en las aldeas?

¿No es igualmente por este mismo principio que nos entregamos al estudio, y que mostramos tanto ardor por adelantar en las ciencias?

¿No hemos pretendido distinguirnos por alguna novedad ó singularidad, sosteniendo opiniones particulares, platicando de

cosas elevadas y hablando siempre de proyectos extraordinarios?

¿No ha sido nuestra grande aplicacion hacer creer que nosotros tenemos virtud, sin tomarnos mucha pena por adquirirla y practicarla? ¿no es esto mismo lo que nos hace ostentar tanta dulzura, comedimiento y moderacion en nuestra conducta, y que nos ha hecho llevar exteriormente una vida tan arreglada?

¿No es por este espíritu que hemos sido asiduos en la oracion, mas sin deseo de orar; que hemos frecuentado los Sacramentos, mas sin deseo de cambiar de vida, y que hemos sido fieles á todos nuestros ejercicios, mas solamente por ser vistos y ser más estimados?

Cuando nosotros hemos dicho que somos miserables y grandes pecadores, que no tenemos ni conducta, ni espíritu, ni talentos, ¿no lo decimos más bien para insinuar que somos humildes y para hacernos pasar por tales?

Aun cuando las alabanzas que se nos dan sean conocidamente falsas, ¿no somos nosotros contentos de recibirlas, inquietándonos poco de lo que verdaderamente somos delante de Dios, con tal de aparecer siendo algo en la opinion del mundo?

En fin, en lugar de servirnos de los talentos que Dios nos ha dado para procurar su gloria, ¿no nos hemos aprovechado de

ellos para establecer la nuestra? *Diligentes gloriam hominum magis quam gloriam Dei.* (Joan. XII, 43).

TERCER PUNTO.

¡Dios mio, cuán ciegas están las almas que corren tras la gloria del mundo! Ella no es sino un poco de viento y de humo, y no obstante es necesario frecuentemente consumirse para adquirirla. Desengañadme de una ilusion tan comun y tan perniciosa. Abrid mis ojos, oh Dios mio, á fin de que regle los míos en adelante mi amor y mi estimacion, y que no tenga para las cosas del mundo sino lo que ellas merecen: desprecio y burla. *Quid est inanis gloria, quam musca vilissima, murmurosa, sordida, pungitica.* (Petr. Bles. 16).

SEGUNDO EXAMEN.

De la vanidad.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en el juicio que formó del fariseo que oraba en el templo. Lleno de sí mismo, él daba gracias á Dios de que no estaba sujeto á los mismos desórdenes que los demás, porque ayunaba asiduamente dos veces por semana, y porque pagaba exactamente los diezmos. Mas porque él no hacia sino hablar de sí y

elogiarse á sí mismo, nuestro Señor condenó y rechazó su oracion, que no le servia sino para hacerle más culpable: *Illo reportante sarcinam peccatorum de jactantia sanctitatis.* (S. Paulin. *Ep.* 54).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros nos encontramos sujetos á la vanidad, y si ella nos lleva muchas veces á elogiarnos á nosotros mismos.

¿No hemos tomado frecuentemente un placer singular de hablar de nosotros mismos y de las cosas que preveíamos nos debian producir alguna alabanza?

¿No hemos publicado nuestras gracias y nuestras obras, muchas veces con exageracion, y aún alguna vez con detrimento de la verdad?

¿No nos hemos dejado llevar fácilmente al placer de hablar de nuestros parientes, de nuestros amigos, de nuestras relaciones, de nuestra condicion, de nuestros bienes, de nuestro país, de nuestros empleos, teniendo un gran cuidado de realzar las menores circunstancias que pudieran hacernos estimar?

Cuando nosotros hemos ejecutado alguna obra pública con la que creíamos sobresalir, y que sin embargo acerca de ella no se nos dice palabra, ¿no nos hemos servido de astucias y de rodeos para satisfa-

cer nuestra vanidad, rogando á los que nos han sido testigos para que nos marcaran en qué cosa habíamos faltado, confesando nosotros mismos ser los primeros de no estar contentos de lo que habíamos hecho, afeando mucho precisamente lo que á nosotros nos parecia lo mejor, y todo esto para atraernos algunas alabanzas y alimentar nuestra ambicion?

¿No hemos nosotros mismos confesado las faltas que no podíamos ocultar, para que los otros no nos las reprochasen; y no las hemos exagerado á fin de que al menos se diga de nosotros que somos muy humildes?

En fin, ¿no hemos pertenecido al número de aquellos que no osan alabarse á sí mismos, mostrándose dispuestos siempre á elogiar á los demás, á fin de obligarles á retribuirnos haciendo de nosotros iguales elogios?

TERCER PUNTO.

Dios mio, san Pablo nos hace conocer bien el peligro que hay en la alabanza propia, cuando siendo obligado por vuestros intereses á decir algunos elogios de sí mismo, asegura que no lo hace sino por necesidad: *Factus sum insipiens, vos me cœgistis.* (II Cor. XII, 11).

Despues de un tal ejemplo, ¿cuánto debo guardarme yo, que soy tan inclinado á complacerme en mis elogios y hablar ven-

tajosamente de todo lo que me concierne! Hacedme evitar, oh Dios mio, con mucho cuidado este desórden que los Santos miran como una extrema necesidad: *Extrema dementiæ est propriis laudibus velle decorari.* (S. Chrys.).

### EXÁMEN.

De la ambicion.

#### PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en la conducta que observa para con los hijos del Zebedeo. Ellos deseaban tener más honores que los otros Apóstoles, y le pedian los primeros asientos en su reino. Mas este divino Salvador, que no puede sufrir las pretensiones ambiciosas, rechaza su demanda; no les trata sino como á ciegos: *Nescitis quid petatis;* y El no les habla sino de humillaciones y de sufrimientos, para enseñarles que en esto es en lo que los cristianos deben poner toda su gloria. Admiremos cuánto en esta ocasion nuestro Señor manifiesta su menosprecio por la grandeza y por la ambicion.

#### SEGUNDO PUNTO.

La ambicion es un deseo desarreglado del honor. *Inordinatus honoris appetitus.* Examinemos si nosotros estamos sujetos á este vicio.

¿No hemos deseado muchas veces los honores que sabíamos bien no nos eran debidos? Y cuando nosotros hemos creido que se nos debian, ¿no los hemos exigido con demasiado rigor?

Y los que se nos han dado, ¿no tuvieron por motivo en su mayor parte nuestra amistad y nuestro favoritismo; y no nos hemos resentido contra las personas que mostraban no corresponder á nuestra inclinacion desarreglada?

¿No hemos aspirado con ardor á los cargos y á las dignidades las más elevadas? y cuando nosotros no lo hemos hecho así, ¿no ha sido únicamente por imposibilidad de conseguirlas, estimando entre tanto muy dichosos á los que las poseian?

Nuestra ambicion ¿no ha llegado á persuadirnos que no hay empleos ni beneficios, por grandes y considerables que puedan ser, que fuesen superiores á nuestros méritos?

¿No es esta misma ambicion que nos ha hecho tan delicados en materia de honor, de tal manera que en todas ocasiones buscamos procurarnos las honras y las distinciones?

¿No nos hemos dejado llevar del malhadado deseo de la singularidad espiritual, pretendiendo gracias particulares y extraordinarias, aspirando á una oracion sublime y no comun, no estando contentos